



De Stalingrado a Berlín

LA DERROTA ALEMANA EN EL ESTE

EARL F. ZIEMKE

www.hrmediciones.es





INDICE

CAPÍTULO I. ¡INVASIÓN!.....	11
CAPÍTULO II. RETIRADA	37
CAPÍTULO III. STALINGRADO, EL CERCO	55
CAPÍTULO IV. STALINGRADO, EL PUNTO DE INFLEXIÓN	89
CAPÍTULO V. LA CONTRAMARCHA	109
CAPÍTULO VI. EL CENTRO Y EL NORTE.....	131
CAPÍTULO VII. OPERACIÓN CIUDADELA.....	155
CAPÍTULO VIII. LA PRIMERA OFENSIVA DE VERANO SOVIÉTICA.....	187
CAPÍTULO IX. LA BATALLA POR LA LÍNEA DEL DNIÉPER	227
CAPÍTULO X. LA MAREA CRECIENTE	257
CAPÍTULO XI. OFENSIVAS EN AMBOS FLANCOS: EL FLANCO SUR	283
CAPÍTULO XII. OFENSIVAS EN AMBOS FLANCOS: EL FLANCO NORTE.....	321
CAPÍTULO XIII. PAGANDO LOS PLATOS ROTOS.....	351
CAPÍTULO XIV. PRELUDIO AL DESASTRE	381
CAPÍTULO XV. EL COLAPSO DEL CENTRO	403
CAPÍTULO XVI. EL FLANCO SUR	445
CAPÍTULO XVII. RETIRADA Y CERCO	469
CAPÍTULO XVIII. DERROTA EN EL NORTE	495
CAPÍTULO XIX. LA OFENSIVA DE ENERO	523
CAPÍTULO XX. LA DEFENSA DEL REICH	559
CAPÍTULO XXI. BERLÍN	595
CAPÍTULO XXII. CONCLUSIÓN.....	635
NOTAS SOBRE FUENTES.....	643





PREFACIO

Exceptuando la introducción de las armas nucleares, la victoria soviética sobre Alemania fue el acontecimiento más crucial de la II Segunda Guerra Mundial. Ambos hechos trajeron cambios y provocaron problemas que han preocupado constantemente al mundo durante los más de veinte años que han transcurrido desde que la guerra terminó. El propósito de este libro es investigar un aspecto de la victoria soviética: cómo se ganó la guerra en el campo de batalla. El autor trata, siguiendo la marcha de los ejércitos soviético y alemán desde Stalingrado hasta Berlín, de describir la guerra como fue y la manera en la cual la Unión Soviética emergió como el poder militar predominante en Europa.

El autor está agradecido a Hanson W. Baldwin, editor militar del *New York Times*, y al Doctor Stetson Conn, al coronel Albert W. Jones y a Charles B. MacDonald, de la Oficina del Jefe de Historia Militar, por leer el manuscrito y por sus muy valiosas sugerencias, a las cuales espero haber hecho justicia en la versión final. También está en deuda con el Coronel General Franz Halder por su ayuda en procurar materiales de referencia y por su ánimo en las primeras fases de la escritura de la presente obra. En su lucha con las vastas colecciones de documentos alemanes y los numerosos detalles de las tácticas y organización alemanas, el autor recibió un valioso asesoramiento de sus colegas en el antiguo Foreign Branch, OCMH, los señores Magna E. Bauer, Detmar H. Finke y Charles V. P. von Luttichau. La escritura de la presente obra no habría sido posible sin la ayuda de Sherrod East y otros miembros del World War II Reference Branch, National Archives and Records Service. Ellos garantizaron al autor acceso ilimitado a sus colecciones alemanas y cedieron generosamente parte de su tiempo y esfuerzo. La mayor parte del peso de convertir el manuscrito en un libro recayó en otros miembros del



De Stalingrado a Berlín. La derrota alemana en el Este

personal del OCMH. David Jaffé, editor, logró un trabajo perfecto, ayudado por Marion P. Grimes, ayudante del editor, y supervisó el libro hasta su publicación. Elliot Dunay compiló y supervisó la producción de los mapas. Ruth A. Phillips seleccionó las fotografías. El índice fue preparado por Gay Morenus Hammerman.

Los posibles errores y omisiones solamente pueden ser atribuidos al fracaso del autor a la hora de beneficiarse de la ayuda disponible.

EARL F. ZIEMKE
Washington D. C.
1 de septiembre de 1966



EL AUTOR

Earl F. Ziemke se graduó en la Universidad de Wisconsin, donde se doctoró en Historia. Durante la II Guerra Mundial sirvió en el Cuerpo de Marines de los Estados Unidos en el Teatro de Operaciones del Pacífico. En 1951, se unió al personal del Bureau of Applied Social Research de la Universidad de Columbia. Desde 1955 hasta 1967 fue historiador y supervisor en la Oficina del Jefe de Historia Militar (actualmente el Centro de Historia Militar), y desde 1967, profesor de Historia en la Universidad de Georgia hasta su retirada en 1993. Murió en octubre de 2007.

El Doctor Ziemke es el autor de *The German Northern Theater of Operations, 1940-1945*; *De Moscú a Stalingrado. Decisión en el Este*; *The Battle for Berlin: End of the Third Reich*; *The U.S. Army in the Occupation of Germany, 1944-1946*, y *The Soviet Juggernaut*. Colaboró en *Command Decisions*; *A Concise History of World War II*; *Soviet Partisans in World War II*; *New Dimensions in Military History*; *U.S. Occupation in Europe After World War II*; *Strategic Military Deception*, y *Americans as Proconsuls: United States Military Government in Germany and Japan*.





CAPÍTULO I. ¡INVASIÓN!

Mientras la guerra pasaba a su cuarto año a comienzos de septiembre de 1942, Adolf Hitler, el Fuehrer alemán, Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas alemanas y Comandante en Jefe del Ejército alemán, estaba totalmente absorbido por su segunda campaña de verano contra la Unión Soviética.¹ Durante el último mes y medio había dirigido operaciones en el flanco sur del Frente del Este alemán desde un cuartel general, el *Werwolf*, establecido en un pequeño bosque a 10 kilómetros al noreste de Vinnitsa, en Ucrania. Junto a él, en el cuartel general que rara vez abandonaba, muy bien custodiado y compuesto por edificios prefabricados y de hormigón agradablemente distribuidos, tenía a su estado mayor personal, a través del cual ejercía la autoridad política ejecutiva en Alemania y en los territorios ocupados; al jefe del Alto Mando de las Fuerzas Armadas (*Oberkommando der Wehrmacht* (OKW)), mariscal de campo Wilhelm Keitel; y a un destacamento de campaña del Estado Mayor de Operaciones de las Fuerzas Armadas (*Wehrmachtfuehrungsstab* (WFSt)) al mando de su jefe, coronel general Alfred Jodl. En Vinnitsa, una ciudad provinciana calurosa y polvorienta, había establecido su cuartel general el Alto Mando del Ejército (*Oberkommando des Heeres* (OKH)), dirigido por el jefe del Estado Mayor del OKH, coronel general Franz Halder. A través de él, Hitler mandaba a los grupos de ejércitos y ejércitos en la Unión Soviética.

Durante el verano, los Grupos de Ejércitos alemanes A y B habían realizado avances espectaculares hacia el Volga en Stalingrado y hacia el Cáucaso occidental. En agosto, tropas de montaña habían izado la bandera

¹ Como Fuehrer, Hitler ejercía las funciones combinadas de presidente, canciller y jefe del Partido Nacional Socialista.



alemana en la cima del monte Elbrus, el pico más alto del Cáucaso. Pero antes de que finalizara el mes, la ofensiva había comenzado a mostrar signos de ser engullida en las vastas y áridas extensiones del sur de la URSS sin lograr ninguno de sus objetivos estratégicos; a saber, la derrota final soviética, la captura de los campos petrolíferos del Cáucaso y del Caspio, y la apertura de una ruta que desembocara en el Medio Oriente a través del Cáucaso. Hitler se había vuelto irritable y depresivo. En las conferencias de situación, sus objeciones específicas sobre cómo estaba siendo dirigida la ofensiva, invariablemente, derivaban en el enfadado cuestionamiento de la capacidad de los generales y su comprensión de los fundamentos de las operaciones militares.

En la tarde del 9 de septiembre, después de un arrebató particularmente encarnizado el día anterior contra el mariscal de campo Wilhelm List, a quien había acusado en repetidas ocasiones durante las semanas anteriores de no seguir las órdenes y de no desplegar adecuadamente a sus tropas, Hitler envió a Keitel a Vinnitsa para decirle a Halder que List debía presentar su dimisión como general al mando del Grupo de Ejércitos A. Hitler pretendía tomar el mando del grupo de ejércitos en persona. Para Halder, Keitel “insinuó” que estaban a la vista cambios en otros puestos superiores, incluyendo el de Halder. De hecho, Hitler ya había decidido despedir a Halder, quien, según afirmaba, “ya no soportaba las demandas psíquicas de su puesto”. También consideraba deshacerse de su más estrecho asesor militar, Jold, que había cometido el error de apoyar a List.

Alemania, en agosto de 1942, estaba en el cénit de su expansión militar durante la II Guerra Mundial. Ocupaba Europa desde los Pirineos hasta el Cáucaso, desde Creta hasta el Cabo Norte, y el Ejército Panzer África había avanzando hacia Egipto. Durante los combates del verano en el sur de la URSS, se habían cometido errores –de los que Hitler estaba tratando de culpar a los generales–, pero estos errores solos no eran suficientes para explicar la enorme frustración que se estaba sintiendo, cimentada en un error de cálculo más fundamental.

En la directiva para la ofensiva de 1942, Hitler había establecido como el objetivo supremo “... la destrucción final de los efectivos defensivos restantes de la Unión Soviética”. Había asumido que la Unión Soviética sacrificaría a sus últimas reservas humanas para defender los campos petrolíferos y, al perder ambos, sería puesta de rodillas. Eso no sucedió. A finales de agosto, la Sección de Inteligencia del Este del OKH había emprendido



la evaluación de la situación soviética que existiría al final de la ofensiva alemana. Había concluido que los objetivos soviéticos eran limitar la pérdida de territorio tanto como fuera posible durante el verano, al mismo tiempo que preservaba los suficientes efectivos humanos y materiales para emprender una segunda ofensiva de invierno. Había asumido que el mando soviético se había resignado antes del comienzo de la ofensiva alemana a perder el norte del Cáucaso y Stalingrado, posiblemente también Leningrado y Moscú, y que, en consecuencia, las pérdidas territoriales sufridas, aunque severas, no habían sido tan inesperadas. Además, las bajas soviéticas habían quedado muy considerablemente por debajo de lo que podría haberse anticipado sobre la base de la ofensiva alemana de 1941. En resumen, la Sección de Inteligencia del Este había juzgado que las pérdidas soviéticas estaban “en orden para dejar fuerzas disponibles para el combate en el futuro” y que las bajas alemanas “no eran insignificantes”.

EL MANDO ALEMÁN

El 24 de septiembre de 1942, el general de Infantería Kurt Zeitzler reemplazó a Halder como jefe del Estado Mayor del OKH. En sus palabras de despedida a Halder, realizadas en privado después de la conferencia de situación de ese día, Hitler dijo que los nervios de Halder estaban agotados y que los suyos ya no estaban frescos, por lo tanto, debían separarse. Añadió que ahora era necesario educar al Estado Mayor General en “la fe fanática en la Idea” y que estaba decidido a imponer su voluntad “también” sobre el Ejército, implicando por ello –y bajo sus creencias sin duda con alguna justificación– que bajo la administración de Halder el Ejército se había aferrado muy tenazmente a los jirones de su independencia de la política y a sus principios de mando tradicionales.

El nombramiento de Zeitzler sorprendió a todo el mundo, incluyendo a él mismo. Era un oficial de estado mayor competente, pero no muy sobresaliente. Como jefe de Estado Mayor del Grupo de Ejércitos D, defendiendo los Países bajos y la costa del Canal, su energía y su figura rotunda le habían valido el apodo de “general bola de fuego”. En uno de los largos monólogos vespertinos que se han registrado como charlas de mesa, Hitler, en junio de 1942, había señalado que Holanda sería un “hueso duro de roer” para el enemigo porque Zeitzler “zumbaría de un lado a otro como un avispon y así evitaría que las tropas se durmieran por falta de contacto con el enemigo”. Aparentemente, Hitler había decidido que prefería un alto nivel de actividad física en la



jefatura de Estado Mayor al, como él consideraba, intelectualismo estéril de Halder y sus semejantes entre los generales.

La evolución del mando

El despido de Halder y el nombramiento de Zeitzler como jefe del Estado Mayor del OKH marcó otra fase en una evolución forzada que Hitler había impuesto en la estructura de mando alemana desde comienzos de 1938. En esa época, también con una sucesión de despidos en los puestos más altos, había abolido el Ministerio de la Guerra y asumido personalmente el título y funciones de Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas alemanas. Para encargarse de los asuntos rutinarios y procurarse un estado mayor personal como Comandante en Jefe, había creado el Alto Mando de las Fuerzas Armadas y colocó a Keitel a su frente con el título de jefe del OKW. Conforme el país avanzaba hacia la guerra, el Estado Mayor de Operaciones de las Fuerzas Armadas, una de las secciones del OKW, bajo su competente jefe, Jodl, asumiría funciones de estado mayor y de planificación en paralelo, y a menudo compitiendo, con los estados mayores de los distintos servicios. Buscando un liderazgo superior más dócil en el Alto Mando del Ejército, Hitler nombró al mismo tiempo al coronel general (después mariscal de campo) Walter von Brauchitsch comandante en jefe del Ejército, y a Halder jefe del Estado Mayor del OKH. Como jefe del Estado Mayor del OKH, Halder también dirigía al grupo más exclusivo e influyente del Ejército, el Estado Mayor General del Ejército.

Muy a principios de la guerra, Hitler había revelado que iba a tomar parte activa en la dirección de las operaciones militares. Su instrumento formal para ejercer el control fue la directiva del Fuehrer, que establecía la estrategia y fijaba los objetivos para una operación dada o de una parte importante de una operación en desarrollo. Al menos en los primeros años, por lo general, encarnaba el pensamiento de los estados mayores aprobado o enmendado por Hitler. Las directivas del Fuehrer eran emitidas por el Estado Mayor de Operaciones del OKW, lo cual daba a esa organización una voz en todas las decisiones cruciales y de alto nivel, aunque no tenía responsabilidad directa de mando.

La invasión de Noruega y Dinamarca en abril de 1940 había introducido nuevos procedimientos de planificación y de mando y establecido precedentes que serían seguidos a una escala mayor en el futuro. El Estado Mayor de Operaciones del OKW, subordinado a Hitler, había entonces asumido la



planificación directa y el control operacional, y los mandos de servicio solamente habían suministrado tropas, equipamiento y apoyo. Ese cambio a largo plazo afectó mucho al Ejército porque las operaciones terrestres podían dividirse más fácilmente entre los mandos y porque ni Hitler ni Jodl y el Estado Mayor de Operaciones del OKW eran competentes para manejar los aspectos técnicos de las operaciones navales o aéreas y, por consiguiente, se inclinaban por dejarlas a los estados mayores del servicio apropiado. En el verano de 1941, el OKW mandaba –habitualmente a través de comandantes de teatros de operaciones– en Noruega, el Oeste (Francia y los Países Bajos), los Balcanes, y el Norte de África. El OKH ejercía responsabilidad de mando solamente para el Frente Oriental (URSS) y no para las fuerzas en el norte de Finlandia o de enlace con el Ejército Finlandés, ambas incluidas en el Teatro de Operaciones Norte del OKW.

El plan para la invasión

En el momento en que la campaña contra la Unión Soviética empezó a tenerse en consideración, a finales del verano de 1940, Hitler y el Ejército alemán acumulaban tres brillantes victorias –Polonia, Noruega y Dinamarca, y Francia–. El Ejército alemán aparentaba ser invencible, e incluso para los escépticos, Hitler había comenzado a parecer un auténtico genio militar. En esa atmósfera, probablemente, había más unanimidad fundamental en los tramos superiores del mando alemán que en ningún otro momento, antes o después.

Los principales problemas asociados con una operación en la Unión Soviética parecían ser geográficos y eran obvios, aunque no necesariamente de simple solución. Uno de ellos era el clima, que era marcadamente continental, con veranos cortos y calurosos, inviernos largos y extremadamente fríos, y una asombrosa uniformidad de norte a sur, considerando la gran extensión del país. El clima, a menos que los alemanes quisieran arriesgarse a una guerra larga y de desgaste o a una campaña de invierno para la cual la Wehrmacht no estaba ni entrenada ni equipada, impuso un requerimiento para acabar con la Unión Soviética en una sola ofensiva de verano de no más de cinco meses de duración. En consecuencia, en la primera fase de planificación, a finales de julio de 1940, Hitler había pospuesto la invasión hasta el verano siguiente. La *rasputitsy* (literalmente, paradas de tráfico), provocada por el deshielo primaveral y las lluvias de otoño, que convertían las carreteras soviéticas en cenagales intransitables durante períodos de varias semanas,



De Stalingrado a Berlín. La derrota alemana en el Este



UNA CARRETERA RUSA

impuso limitaciones adicionales en el calendario. El problema supremo era al que también se habían enfrentado invasores anteriores, cómo lograr una victoria militar en la vastedad del espacio ruso. Aparte de los pantanos de Pripyat y varios largos ríos, el terreno en la URSS europea no ofrece impedimentos notables para el movimiento de fuerzas militares modernas. Pero mantener la concentración de fuerzas y abastecer ejércitos en las profundidades del país eran aspectos ambos que presentaban dificultades pasmosas e incluso potencialmente paralizantes. El conjunto de la Unión Soviética sólo tenía 82.000 kilómetros de líneas férreas, con un ancho de vía mayor que el de Alemania y Europa Oriental. De unos teóricos 1.400.000 kilómetros de carreteras, 1.100.000 no eran más que caminos para carros; 240.000 kilómetros eran, supuestamente, carreteras transitables en toda época, pero sólo 64.000 kilómetros estaban asfaltados.

Hitler y los generales acordaron que la solución era atrapar y destruir a las fuerzas principales soviéticas cerca de la frontera. En diciembre de 1940, sin embargo, cuando el plan estratégico estaba siendo elaborado en forma de una directiva del Fuehrer, los generales disintieron con Hitler sobre cómo pasar de esa etapa a la siguiente, la derrota final soviética. Halder y Brauchitsch